



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

CARLOS ARNICHES



Si da al teatro una obra,
llena de gente el teatro,
y el ingenio que le sobra
puede abastecer á cuatro.

SUMARIO

Un poco, un poco, por Luis Taboada.—En el álbum de Rosa, por José Estremera.—El esterero y el parroquiano, por Juan Pérez Zúñiga.—El novio del teléfono, por Manuel Malases.—Cosas del mundo, por Ángel B. Chaves.—Nieve en la sierra, por Simón Delgado.—*Pro domo*—de Antonio Pañá y Góñi.—Chismos y susurros.—Correspondencia particular.—Apuntes.
Grandes Varas, Arriales.—Miscelánea.—Anuncios, por Cilla.



Continúan las desdichas.

Ha habido nuevas inundaciones en la provincia de Almería y se ha desmoronado un túnel en la línea de Salamanca.

De un momento á otro esperamos recibir noticias de nuevas catástrofes; porque ya se ve clara la intención de la Providencia. Quiera probar nuestra virtud, enviándonos inundaciones, enfermedades, choques y estranos en los principales teatros.

Estos últimos han sembrado el pánico entre los espectadores, y hay quien no vuelve á entrar en un *coliseo* aunque le digan que se reparten billetes de 100 pesetas y raciones de pavo trufado en los pasillos.

De manera que el público pagano brilla por su ausencia. Los únicos que acuden á ver la función son los periodistas, que tienen billetes de balde, ó las familias de éstos, ó los amigos de estas familias, etc., etc.

Hoy, ya se sabe, las empresas pagan el gasto para distraer á unas cuantas personas que obtienen entradas de favor, valiéndose de varios procedimientos.

Uno pide billetes fundándose en que conoce mucho á Mario de verlo en el tranvía; otro solicita cinco ó seis butacas, á pretexto de que ha visto nacer á la Baeza, y hay quien no tiene reparo en escribir una carta al director de un teatro, concebida en estos términos:

«Muy señor mío y antiguo vecino: Ruego á usted se sirva facilitarme un palco para la función de esta noche, pues deseo llevar á la familia.

Creo que no se habrá usted olvidado de mí ni de mi señora, que fué quien regaló á ustedes un gato, viviendo en la calle de Ministriles. Recordará usted que una noche se cayó de la cama su mamá política, y acudimos mi señora y yo con una taza de flor de malva, y siempre la tenemos hecha por si nos acataremos de pronto, y usted, agradecido, me regaló un frasco de licor del Polo de Oriva.

Con estos datos, espero no desatenderá mi pretensión y me repito suyo...»

Los empresarios se ven y se desean para defenderse contra la diaria solicitud de unos y otros; pero no pueden evitar que acudan á las últimas filas de butacas los aspirantes á autores, los cómicos sin contrata, los periodistas parados y las jóvenes actrices que desean *debutar* á toda costa y en el ínterin marean al verbo divino pidiendo billetes.

—Venía á pedir á usted dos butaquitas para mamá y para mí—dicen en la contaduría de cualquier teatro.

—No conocemos á usted.

—Yo soy la Mochales, discípula de doña Teodora.

—Sí, hombre—añade la mamá.—Ésta ha salido ya en *Las Ocurvencias*, cuando hizo la *Pasionaria* en el Liceo Rius, á beneficio de un apuntador que se quedó viudo. Somos del teatro, como quien dice, porque aunque ésta hoy no encuentra contrata, no tiene que ver.

—Bueno, les daré dos butacas.

—Entonces denos usted cuatro, y así podrá venir mi esposo y

el novio de ésta, que también estuvo en el Conservatorio y se salió por una cuestión que tuvo con un compañero sobre unas papeletas del Monte.

No hay más remedio que sucumbir ante las pretensiones formuladas por estas *artistas* de escalera abajo, que se pasan los mejores años de su existencia en las últimas filas, esperando el *debut* que ha de engrandecerlas y aseriarlas.

Yo conozco unas cuantas señoras y señoritas que acuden á los teatros desde tiempo inmemorial en clase de espectadoras improductivas. Una de ellas puede decirse que vive en la fila 17; allí conoció á un joven traspunte, allí se amaron los dos y allí contraieron enlace ó poco ménos. El caso es que hoy tiene tres hijos y á todos los ha criado ella en la fila 17. Antes faltaría la luz que faltar este matrimonio con la prole y la abuelita, que es ahora la encargada de despechar al niño chiquitín. Algunas veces tiene que levantarse y salir al pasillo para tranquilizar á aquel inocente, que pide la alimentación á grito herido.

—¡Jesús! ¡Qué envidiada está esta criatura!—dice la abuela zarandeando al angelito para que se calle.

—¿Le han quitado ustedes el pecho?—pregunta un acomodador.

—En eso andamos; pero usted no sabe la guerra que nos da. ¿Ve usted? Ya está chupándome la manteleta. Ayer nos descuidamos un momento y por poco se nos ahoga.

—¿Con qué?

—Con unos calcetines de su padre que habíamos puesto á secar encima de una silla. Todo cuanto ve se lo lleva á la boca.

—¡Caramba! ¡Ni que fuera conservador!

Desgraciadamente para el arte, los teatros no tienen más público que el que penetra gratis y sin más obligación que la de saludar á los dependientes de la puerta.

Verdad es también que las obras estrenadas...

Mariano de Cavia, mi compañero y amigo, acaba de publicar en un tomo, con el título de *Salpicón*, una serie de artículos preciosos, como todos los suyos.

Pons, el correcto y habilísimo dibujante, ha hecho primores en el libro, y Rubiños, por no ser menos, ha impreso la obra magistralmente.

Del ingenio y la cultura de Mariano nada hemos de decir, porque el público la conoce y le admira.

Yo, aunque me esté mal el decirlo, también he publicado un tomo con el título de *La vida cursi*, y quisiera que lo compraran ustedes...

Pero no, compren ustedes el de Cavia, ó compren ustedes los dos, que será lo más oportuno.

Y el cielo y el editor se lo premien.

LUIS TABOADA.

—*—*—

EN EL ÁLBUM DE ROSA

Quise comprar un rosal que era muy bonito; pero el pícaro jardinero me pedía un dineral.

Las rosas eran hermosas y llegaron á encantarme; mas yo no puedo gastarme una atrocidad en rosas.

—Iré á otra parte por ellas,

le dije, y me respondió: —Se las regalo á usted yo si las encuentra más bellas.

Ir por las rosas hermosas contigo, Rosita, quiero, que, en viéndote el jardinero, me regalará las rosas.

JOSÉ ESTREMERAS.

—*—*—

EL ESTERERO Y EL PARROQUIANO

«Apreciable Canosa: Mi esposa quiere que nos mande usted un hombre que nos estere, pues noto ya tan frescos los baldosines, que van á constiparse mis calcetines. Mi jacoba quisiera tapar el suelo con riquísima alfombra de terciopelo; mas tan *desordenado* tengo el bolsillo,

que me avengo á la pleita y al cordelillo; y como para esteras no hay quien me preste, las del año pasado servirán éste, pues he pensado muchas combinaciones para esterar mis viejas habitaciones. Verá usted: con la estera de la antesala (que, del revés, de fijo, no estará mala)

y una tira pequeña de cordelillo, tal vez podrá arreglarse todo el pasillo. La de la alcoba grande para el ropero, la de las galerías al comedor; la que llega al despacho desde la puerta, pasa á cubrir la alcoba de la Raperta; con la del dormitorio del gabinete, mas los paños que llegan hasta el retrete, y la mitad del trozo de estera fina que comienza en la puerta de la cocina, y el felpado del perro, mas algún cacho de la alfombra inscribible de mi despacho, remendamos la pizca de mi señora y la pita del cuarto de la Isidora. Por último, la sala queda completa con remiendos de pita, fieltro y moqueta, y sacando una tira de cualquier lado, componemos la pizca de mi cuñado. Por si acaso, usted mande pizca corriente, pues pizca por pobre generalmente, y que dejen los mozos á mi Jacoba llena de descosidos toda su alcoba,

para ver si en algun mete la pata y al pegarse el perrazo se desbarata. Pero que el resto queda muy bien cosido, que romperse la estera no es divertido, pues la estera se cose, mi buen Canosa, pero lo que es la estera no hay quien la cose. Ya sabe usted mis señas, que son Ramales, número dos, tercero. Suya,

Morales

«Señor don Blas Morales: A su vivienda no irán los estereros que hay en mi tienda, porque por hacer tantas combinaciones para esterar sus muchas habitaciones, ya me ha vuelto usted locos sus dependientes, y están sin pan sus hijos correspondientes. Vuelva usted las estereras hasta de canto, y á mí no me conviene volverlas tanto; y añadiendo á estas cosas, señor Morales, que me debe usted cerca de dos mil reales, no extrañará, de hoy, su amable esposa que no quiera esterarla

José Canosa.

Por la copia,

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

EL NOVIO DEL TELÉFONO

En la misma acera en que yo vivo, y dos ó tres casas más arriba como quien va hacia la Puerta del Sol, me encuentro todas las noches, cuando me retiro á descansar de las ingratas tareas del periodismo, el mismo espectáculo.

Un hombre joven, buen mozo (mejorando mis lectores), resguardado en el quicio de una puerta, pela la pava telefónicamente con una muchacha que no sé si es joven y buena moza, aunque así lo creo en beneficio de la interesada.

El sistema del aparato de que se valen es anterior á los inventos de Edison y á Edison mismo. Dos trozos de caña que sirven de micrófonos y audítores unidos por un hilo.

Con esos sencillos elementos se dicen... ¡vaya usted á saber lo que se dirán!

No sólo es antiguo el sistema telefónico que emplean estos amantes; el amor que se profesan va también siendo machucho.

Pasan días... y días... digo, no, pasan noches y noches, y semanas y meses y años, y el aparato no deja de funcionar desde que la calle se queda solitaria hasta... no sé hasta cuándo. Yo me meto en mi casa, y allí dejo á Abelardo y Eloisa.

Sin duda eligen esas horas porque forzosamente el que habla desde la calle ha de levantar algo la voz (por teléfono no es posible hablar en secreto), y el hombre, que interrumpe su oración cuando se acerca alguien, querrá que el diálogo se les corte lo menos posible.

Declaro que en un principio cobré ojeriza al telefonista de la calle, es decir, al buen mozo, porque los primeros días me dió algún susto que otro.

La primer noche creí que era un suicida. Vi arrimado á una puerta un hombre que se apuntaba á un oído con un cañón, y apreté el paso diciendo para mi capote: «¡Huyamos y dejemos á este desgraciado que muera en paz! ¡No quiero estorbar sus propósitos! ¡Se suicida! ¡Quién sabe si tendrá razón!»

Me metí á escapar en mi casa, y á la mañana siguiente pregunté con interés á la portera, á algún vecino, á los guardias.

Nadie sabía nada, ni hablan oído nada, ni tenían noticia de desgracia alguna.

—¡Vamos!—pensé.—Se habrá arrepentido; habrá oído la voz de la religión, la del raciocinio, la del buen sentido.

Cuando á la siguiente noche me retiraba, el hombre estaba en el mismo sitio y en la misma actitud.

—¡Estará loco?—me dije.—¡Pobrecillo!

Y apreté el paso, porque tropezar con un loco á tales horas y en sitio tan solitario no es nada agradable.

Dos ó tres noches después me acompañaba hasta mi domicilio

un amigo mío que es de esos hombres que ignoran si hay sol, es decir, que se acuestan al amanecer y se levantan al comenzar la noche.

Cuando pasamos junto al loco, ex suicida, le oí decir en voz clara:

—Pero ¿en qué quedamos? ¿Tu madre tiene corazón ó no la tiene?

Nueva sorpresa en mí. Aquel hombre hablaba solo. Miré por todas partes; levanté la cabeza... y exclamé cómo los chicos que ven estallar los cohetes en el aire.

—¡Ahhhhhhh! Ahora lo comprendo todo.

Lo que yo creí cañón de pistola, era cañuto de caña del que salía un hilo que acababa en un balcón de un piso segundo, donde había un bulto de mujer. Al que creí loco era un amante, pero... un amante que sigió creyendo que no tiene el juicio completo.

Porque eso de que un hombre se pase meses y meses sufriendo las inclemencias del tiempo, dedicando al amor las horas que se roban al descanso... lo que es al hijo de mi madre no le haría sufrir tales molestias ni la misma diosa Venus.

Desde que he averiguado lo que este Medoro de callejuela hace á tales horas, en tales sitios y con tal constancia, me ha inspirado simpatía.

¡Cuántas noches de estos últimos inviernos he pasado arrebuñado en mi capa, con las manos enguantadas, dando diente con diente, huyendo á paso redoblado de los 12 grados bajo cero, y he encontrado al infeliz amante sufriendo el frío y la nieve y la lluvia y un viento que corta como el filo de un cuchillo!

Pues ¿y ella? ¿Y la desdichada Angélica, arrebuñada en un mantón, á veinte metros sobre el nivel de la calle, con el canto al oído?...

Gracias á que los amantes son como los borrachos. Para unos y otros no existe el frío.

La repetición cotidiana de este espectáculo, la constancia de este Abelardo y esta Eloisa y la paciencia con que guardan el sagrado fuego del amor me ha hecho forjar en mi imaginación toda la historia de estas relaciones.

He hecho el siguiente cálculo:

—Ellos se aman con delirio—¡dichosa edad!—pero estos amores son contrariados.—¡Oh, ventura! Amor con obstáculos, qué ganga!—No hay quien me quite de la cabeza que hay padre tirano, ó madre tirana. ¿No tendrá él carrera, ó empleo, ó tierras de pan llevar? ¿Será rica la chica y el pobre? ¿Será el casado? ¡Qué! ¿Un casado no hace el oso helado tanto tiempo seguidito!—De todos modos, resulta exacto lo que él decía la noche que le sorprendí alguna frase. La madre no tiene corazón. Es ya suegra antes de tener yerno. ¡La aborrezco con todos mis sentidos!

Tal compasión me han llegado á inspirar los enamorados, que he proyectado que una comisión de vecinos nos presentemos en casa de la joven, preguntemos por la señora de la casa y le digamos, llevando uno de nosotros la voz de todos:

—Señora: Esto no puede seguir así. A esa chica la va á enterrar una pulmonía. Ese chico va á coger un reumazo que le va á llevar Pateta. Esos amores al uso antiguo no pueden tolerarse en el siglo de las luces, y menos servirse del teléfono, que es un precioso invento de nuestros días. O casa usted á los chicos, ó deja usted que el novio entre á hablar al abrigo de la habitación, ó toma usted una resolución que salve de un riesgo seguro á esos enamorados. Si no lo hace usted así, acudirémos á la sociedad protectora de amantes, ó al alcalde de barrio, ó al gobernador de la provincia, ó á quien proceda.

Pero ¿y si la madre acoge nuestra súplica con oídos de suegra? ¡También esto es posible!

Hace unos días que he desistido de tal pensamiento.

Ahora todas las noches, cuando me retiro á casa y paso junto al novio del teléfono, le digo en voz baja:

—¡No sea usted tonto! ¡Róbela usted y salga lo que saliera!

MANUEL MATOSER.

COSAS DEL MUNDO

Al mundo vino sabe Dios Alenda, Dios sabe cómo pasó su infancia; sólo recuerdo que muchas veces la ví las calles cruzar en gongalla.

Hoy raro y biondas su cuerpo cullen, sostiene trenas, brillantes gasta y con los hombros de mas calla en todas partes sonríe también.

Y así es el mundo! Cuando en su coche alegre cruzó la Castellana, las que la miran más envidiosas dicen: «Ella está desventurada».

Nació arrullada por la fortuna, usó de niña joyas y galas; pero arruinado murió su padre y vióse triste y abandonada.

Besó trabajo, se le agustó; mas siendo joven, y á más muy guapa...

MISCELÁNEA



—¿Será cursi María,
que no lleva cancerro todavía?



—Papá, ¿a qué vamos al cementerio?
—A ver a tu mamá.
—¿Está allí?
—Sí, hijo; y Dios la conserve muchos años.



—¿Voy bien pa la posada del Peine?
—Hombre, sí; para ir a la posada del Peine no
hace falta ponerse de etiqueta.



—No sé si atreverme a pedir a usted la mano de
su hija.
—Más vale que no se atreva usted, porque me
pondrá usted en el caso de pegarle en las narices.



—Ahora va ésa, se presenta en mi casa y me da
el gran escándalo. ¡Quién había de pensarlo ayer,
cuando me llamaba gatito suyo!



—¿Viene usted de San Luis?
—Sí, señora; allí vamos ahora todas las señoras
de la grandeza.



El hombre prevenido que todos los años saca la
capita quince días antes que los demás.

no pocos hombres la prometieron darle su apoyo. ¿Qué hermosas almas!

Pero ella, avara de sus virtudes, á las filántropas volvió la espalda, y en el arroyo, de hambre y de frío, la hallaron muerta cierta mañana.

¡Y aquí del mundo! Las que dejaron que la miseria le aniquilara, al verla muerta, una le dijeron: «¡Pobre Chiquilla! ¡Si era una santa!»

III

Y ahora de tijo dirán ustedes: «¿Y á qué estas cosas sacar á plaza? Yo me contento con referirlas, y el que las hizo, que las desbaga»

ANGEL R. CHAVES.

NIEVE EN LA SIERRA

—¡Hola! ¿Conque te fastidia si levantarte temprano y dando diente con diente, con los libros bajo el brazo, ir á clase, pasar lista y mirar al catedrático mientras habla de unas cosas que á tí te importan un rábano? Pues, hijo, no hay más remedio que vivir así diez años y sufrir muchos exámenes y pasar muy malos tragos para recoger un fruto pequeño, en plazo muy largo. Ya sé yo que no hace gracia lo de atracarse de fivago metiéndose en la cabeza términos enrevesados, definiciones oscuras y silogismos del diablo. Pero... mira esa montaña, verde, espléndida en verano, y hoy con los copos de nieve envuelta en blanco sudario. Hace allí un frío horrozo, frío que hiela los pájaros y corta como un cuchillo los pulmones más templados. Sobre las rocas heladas, no vive un solo gusano; los árboles sustituyen las hojas con los carámbanos, las fuentes están heladas, los senderos solitarios, no alegran ya los oteros los bulliciosos rebaños ni se oye de los pastores el melancólico tanto.

Sufre la naturaleza silenciosa, y estrechando por rendijas y agujeros se va la nieve filtrando, para trocarse en la savia que ha de dar, en breve plazo, lozanía á la foresta y al valle vida y encantos. Sin esa prueba terrible que, aunque da pena, es descanso, no brotaría la hierba en primavera en los prados, ni en los árboles frondosos harían nidos los pájaros. En cambio, cuando el deshielo inicia el rey de los astros, empiezan á salir flores entre peñas y guijarros, vuelve á cantar el arroyo los maitales regando, y en decoración espléndida se truca el desierto páramo. Vé, pues, cómo te conviene levantarte muy temprano y estudiar esos problemas que te calientan los cascos, porque sin el crudo invierno en la senda del trabajo, ya no tendrías en tu vida primavera ni verano. — Esto me decían siempre que yo pedía llorando una horita más de sueño, ora en Diciembre, ora en Mayo. Pero yo oía el discurso como si floriera á cánteros... y por eso estoy en álgebra lo que se dice hecho un pavo!

SINISIO DELGADO.

PRO DOMO MEA

I

Bien sabe Dios que no pensaba ocuparme ahora, ni para bien ni para mal, de *Los Amantes de Teruel*, del maestro Bretón.

Di mi opinión acerca de esa ópera cuando se estrenó en el Teatro Real; me pareció fea, lo dije sin ambages ni rodeos, he leído algo de lo que se ha escrito por ahí sobre los éxitos fenomenales que ha alcanzado en provincias, me enteré del triunfo de Praga, y deseé de todo corazón que el carro de la Fortuna, en que tan á gusto iba el maestro, no fuese jamás para él lo que fué para Bofill el carro de Consuegra.

Así las cosas, estrenóse hace poco en Viena *Los Amantes de Teruel*, y lei el otro día en *La Época* el siguiente *eco madrileño*:

«En varios periódicos de Viena hemos leído con gusto grandes elogios al maestro Bretón con motivo del estreno de *Los Amantes de Teruel* en aquel Teatro de la Ópera.

Sean las que fueren las opiniones, siempre respetables, de algunos críticos, nosotros debemos celebrar en este éxito el triunfo alcanzado por un distinguido compatriota en un terreno donde ningún otro español lo ha obtenido en esta época.

Regocijémonos, pues, sinceramente de los aplausos concedidos á la ópera de Bretón, porque de ellos, al fin y al cabo, corresponde buena parte á la música española.»

Y aquí me tienen ustedes á mí, crítico musical de *La Época*, abandonando momentáneamente esa cátedra sagrada, donde las galernas del patriotismo me derribarían á los pies de la ópera

de Bretón, y trasladándome al banco popular de Madrid Cómico, donde los patrióticos espasmos se curarán radicalmente con esa medicina infalible que se llama la verdad.

Bien quisiera job, si bien quisiera regocijarme en y con *La Época* de los aplausos concedidos á la ópera de Bretón, si de ellos correspondiese buena parte á la música española, como aquel periódico afirma; pero ahora van ustedes á ver lo que hay de cierto en el asunto.

¿Conocen ustedes á Eduardo Hanslick? ¿S? Pues entonces punto en boca. ¿No? Pues voy á tener el gusto de presentárselo á ustedes.

El doctor Hanslick es el primer crítico musical de Alemania y uno de los más distinguidos de Europa. Ha escrito varios trabajos muy importantes sobre la ópera moderna y un ensayo de reforma de la estética musical titulado *De lo bello en la música*, que desde 1851 hasta la fecha ha alcanzado seis ediciones; está traducido al francés por Bannelier y fué vertido al castellano, hace poco tiempo, no sé por quién.

Hanslick acaba de cumplir sesenta y seis años y es, desde 1855, crítico musical de la *Neue Freie Presse* de Viena. El éxito de su estudio de la ópera moderna fué tan grande, que le valió el honor de ser nombrado profesor de estética y de historia musical de la Universidad de la capital de Austria.

¿Se han enterado ustedes? ¿Saben ustedes ya quién es el doctor Eduardo Hanslick? Bueno, pues hagán ustedes el favor de enterarse ahora de la opinión que ha dado sobre *Los Amantes de Teruel* en un largo artículo inserto en la *Neue Freie Presse* correspondiente al día 6 del mes actual.

Hago á ustedes gracia del prólogo, en el cual Hanslick trata á la música española con escasa benevolencia. Vayamos al grano, á *Los Amantes de Teruel*.

Juicio del poema después de haber contado el argumento de la ópera con sus pautas de pitorreo:

«Como arreglo de un drama muy aplaudido en España, el libreto de la ópera de Bretón debe de ser muy del gusto de sus compatriotas. A nosotros nos parece pueril y poco interesante: una anticuada y embrollada comedia caballeresca, con situaciones inverosímiles y personajes poco definidos.

«La traducción alemana del doctor Adler, hecha al pie de la letra, es un verdadero desastre («Lo creo! Esto no lo dice Hanslick, lo digo yo) porque atenta al acento musical y al espíritu de la lengua alemana.»

Después de estas caricias al músico poeta y á su conspicuo traductor, Hanslick la emprende con la ópera. «De rodillas y en cruz suplico á ustedes se fijen en lo que dice de *Los Amantes de Teruel* el profesor de estética de la Universidad de Viena! ¡Atención!

«Esta ópera puede llamarse española tan sólo por serlo su texto y su autor, puesto que el estilo es completamente italiano, un Verdi moderno mezclado con elementos franceses y alemanes. Nos ha sorprendido que Bretón haya sacado tan poco partido del gran tesoro de melodías nacionales, cuando otros autores no españoles, como Weber en su *Preziosa*, Kreutzer en *Una noche en Granada*, Auber en el baile del primer acto de *La Muta* y, más que todos, Bizet en su *Carmen*, lo han hecho, con muchísima más fortuna.

«Únicamente dos veces emplea Bretón motivos nacionales: en la trova y ligeramente en el coro de las odaliscas, por lo cual falta en esta ópera lo que más excitaba nuestra curiosidad: el carácter nacional.

«Como primer compositor español que ha entrado en Alemania, hubiérale sido muy fácil al Sr. Bretón atraerse este público, aun con mediano talento, impregnando de carácter nacional su obra; pero no ha sabido desligarse de los lazos italianos que le han sujetado desde su niñez.

«Y no es que queramos censurarle precisamente por esto; se pueden escribir muy buenas óperas italianas, con ideas y formas nuevas en este estilo, pero de eso tienen muy poco *Los Amantes*. En esta obra no hay una fuerza creadora original; las melodías no son vulgares, pero tampoco nuevas ni de valor musical. Se conoce que el mismo autor ha notado en su obra cierta vaciedad y monotonía italianas; pues se esfuerza á cada paso en acentuar, en dar más colorido al canto por medio de un acompañamiento de orquesta variadísimo; desgraciadamente, en este punto hace demasiado.

«Su orquesta está continuamente en plena actividad, la instrumentación es en parte ruidosa y en parte demasiado insistente en detalles artificiosos... Bretón es pobre en lo principal y pródigo en lo accesorio... Las *floriture* orquestales de *Don Juan* y de *Fidelio* son flores nacidas con la melodía, mientras que las de *Los Amantes* son flores artificiales pagadas á un tapiz...»

¿Quiéren ustedes más? Pues aún hay más. Sigán ustedes leyendo:

«El Sr. Bretón tiene sentimiento, calor y un verdadero empeño en dar expresión justa á cada palabra y situación, pero desgraciadamente le faltan casi siempre ideas nuevas y originales para interpretar musicalmente sus sentimientos en su debida proporción; rompe el conjunto, amontona los contrastes y los efectos materiales y rara vez logra sacar cuadros de este tumulto de colores.

«Como la mayoría de los jóvenes compositores, es también Bretón insaciable en pintar sentimientos, resultando fatigoso y pesado. Apenas existe un número en su ópera que no necesite córtés, y apesar de que el director del teatro ha hecho una pró-

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 35.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO



Un fraile, dos frailes, tres frailes en el coro se comen más *Pick-inches* que un fraile solo.

Depósito central.—Laps de Vega, 13 y 15.



Me calzo en *La Bota de Oro*, acabo de andar cien leguas, traigo ya los pies deshechos, y las botas están nuevas! Magdalena, 17.



El hombre (á solas).—Cuando yo estaba cesante y carecía de alimentos, tenía unas muelas muy hermosas. Ahora que estoy empleado y puedo pagar los bistechs que quiera... no puedo masticarlos. ¿Qué haré, Dios mío?

La voz del instinto.—Hacer que te pongan una dentadura inamovible en casa de TIRSO PEREZ, Mayor, 73.

FUGA DE CONSONANTES



. l . s . h . m . b . r . s . d . j . D . : s .
Q . . b . s . t . n . s . t . n . . n . v . n . t .
G . r . s . h . j . . l . c . l . e . r . r . n . t .
y P . r . n . c . p . v . . n . t . d . e . l



Las banderas de los regimientos deben sustituirse por camisas de *Martinez*, San Sebastián, 2. ¡No habrá soldado que no muera gustoso por defenderlas!



El obrero, el mercader y el señorito de frac, siempre que quieran beber, deben beber el *cognac de Moguer*.

Sobriños de Guisena. Carretas, 27 y 29.



Ya viene el fresco, señores. Para vencerle en *Madrid*, comprad trajes interiores, pero compradlos aquí.

TIRSO RODRIGUEZ Atocha, 75 y 77.



No hacen ruido ni hacen nada por más que se mueva usted, porque son del Bazar de la plaza de la Cebada!



El hombre ha nacido para comer bien, y el restaurant *Las Tullerías, Matute, 6*, se ha fundado para que el hombre cumpla su misión sobre la tierra.



Vamos, que me desespera con lo que acaba de hacer. ¡Pues no me ha echado á perder un pantalón de *Pesquera!* Magdalena, 20.



El que con brillantes sueña y no busca esta ocasión, ó no tiene corazón, ó será de bronce ó peña. SORIA.—Magdalena, 18.



Quando siente don Segundo hacia el mundo odio profundo, se va á que RUBIO le afeite, y en seguida encuentra el mundo como una balsa de aceite.

Peligros, 10.

EL REY QUE RABIÓ



Según el sabio Hipócrates, que ya lo dijo así, no hay un perfume mágico mejor que los de aquí.

Perfumería Americana.—Espoz y Bina, 25.



Si mi novia no quiere—darme un retrato,—yo le compro á *Irigoyen*—un aparato;—voy y la enfoco—y la revelo en casa—poquito á poco.

Esparteros, 3.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Medalla de oro, por sus Chocolates.
Medalla de oro, por sus Cafés.
Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL
MONTERA, 8, MADRID